

Europa en crisis

Luis Beltrán Almería



“ En la literatura y en el arte las crisis son un momento dramático pero esperanzador. Tras las crisis suele aflorar una vida nueva, más armoniosa, más unitaria, superior. ”

Las crisis contienen, todas, su lección. Y la crisis del euro no es menos. Acaso llegue a ser una crisis tan crucial como la del 29 fue para el siglo XX. Ojalá resulte un suceso menor o, al menos, no tan dramático como lo fue aquel. Para empezar la lección del euro se nos antoja amarga. La introducción del euro ha sido el mayor paso jamás dado hacia la integración europea. Se habían dado otros: la creación de la Unión Europea, la desaparición (parcial) de las fronteras... pero ninguno de la profundidad, del simbolismo y de la progresividad de la creación del euro.

Es verdad que ha resultado un paso insuficiente. Detrás del euro hay un Banco Central Europeo sin Tesoro, diecisiete políticas fiscales, una clase política desigual que no siempre está al nivel que se requiere y populismo, demasiado populismo. En estas condiciones la historia reciente del euro ha sido descrita por el diario francés *Les Echos* como

un caminar “dulcemente hacia el abismo” (11 de enero). El fracaso del euro conllevaría la decadencia imparable de Europa y la desaparición del sueño –por momentos tan cercano– de una Europa unida.

En la literatura y en el arte las crisis son un momento dramático pero esperanzador. Tras las crisis suele aflorar una vida nueva, más armoniosa, más unitaria, superior. La actual crisis europea no parece anunciar eso. Es difícil imaginar un mundo mejor con una Europa desmembrada y que se ofrece a precio de saldo a las fortunas de los países emergentes. Quizá se produzca un milagro y, en efecto, de esta crisis salga un proyecto europeo más acabado y fortalecido. Pero en el primer semestre de 2012 parece difícil esperar algo así.

No deja de ser curioso que la espoleta del gran estallido sea Grecia. Grecia es la madre de Europa pero puede llegar a ser también su enterradora. Las previsiones indi-

can que el año próximo su deuda alcanzará el doble de su PIB, lo que hace imposible que pueda recuperarse sólo con ayudas. Salvo milagro, Europa debería asumir íntegra esa deuda. Eso exige una capacidad política que hoy no parece plausible, porque otros países están en una situación cada vez más cercana a la griega y la salvación de Grecia produciría un agravio comparativo y, quizás, la aceleración de la ruina de esos otros países. Salvarlos a todos está fuera de toda posibilidad,

¿Qué es lo que falla en esta historia? Hoy, la respuesta de los medios es que falla la clase política. En efecto, la clase política europea no está a la altura de las circunstancias, pero tampoco está a la altura la norteamericana, la rusa, la china o la japonesa (y no digamos el resto). Esto es sólo un aspecto de la cuestión. Lo que no está a la altura, más que la política, son las masas. Los políticos sólo son un producto de la cultura de masas, sus rehenes. Las masas hoy son conservadoras y su visión es –como siempre– a corto plazo. Las masas hoy fluctúan entre posiciones como la pasividad absoluta (“ya lo resolverán”), la insolidaridad (sobre todo entre los que pueden optar por soluciones individuales) y el infantilismo (los que reivindican que todo siga igual haciendo caso omiso del mandato de los mercados). Las tres actitudes son nocivas. La primera revela decrepitud. La segunda es una defecación. Y la tercera reviste de rebeldía lo que no es sino incapacidad y parálisis.

Europa tiene un alma decrepita por dos razones. La primera es que vive más de su pasado que de su futuro. Es verdad que el viejo continente ha tenido un pasado espléndido, un pasado que alberga los fundamentos de la civilización occidental. Pero también es verdad que en el siglo XX Europa ha cedido la gestión de ese legado a Norteamérica. Y la gestión norteamericana ha tenido un perfil propio, más

pragmático y, en ciertos aspectos, superior pero también superficial. Uno de esos aspectos es la progresividad fiscal. En estos momentos el impuesto sobre el valor añadido alcanza en Europa valores del 25%, en Suecia, Dinamarca y Hungría, y superiores o en torno al 20% en el resto de los países. En cambio, en los EEUU el VAT (tasa del valor añadido) fluctúa según los estados. En el estado de Nueva York es del 8,25% y en el estado de New Hampshire del 0%. Esto supone que la recaudación federal descansa sobre el impuesto de la propiedad y el impuesto de la renta personal. Naturalmente que es una lección progresista, en principio, porque quien más tiene más paga. Y, sin embargo, no es así. Pasemos al segundo aspecto de esta cuestión: la insolidaridad. Los ricos no pagan impuestos. Los estados avanzados han creado una trampa fiscal (en España se llaman SICAV), sociedades de capital variable que evitan pagar impuestos. Hace unas semanas Warren Buffet, uno de los hombres más ricos del mundo, se burlaba de que su secretaria pagase más impuestos que él (aunque pedía que se hiciera pagar a los ricos). El propio estado ha creado los mecanismos para la insolidaridad fiscal. La existencia en Europa de distintos regímenes fiscales la favorece todavía más. Y un mundo insolidario es un mundo sin futuro. Así llegamos al tercer aspecto de esta amarga lección: la incapacidad de la izquierda para dar soluciones.

En el tiempo que llamamos Modernidad las grandes reformas políticas han venido si no de la mano, sí por la presión de los sectores populares, de los que la izquierda suele ser su expresión política. Aunque suele discutirse esta idea porque grandes avances como la unidad europea y la seguridad social han sido implantados por sectores de derecha, lo cierto es que la historia moderna de Occidente es la historia del ascenso al poder de sectores políticos populares (la

socialdemocracia y los sindicatos), que se han hecho con un espacio de poder y con un marco de participación política. Ese proceso ha llegado a su límite. Un paso más allá y nos encontraremos con un populismo antidemocrático, caudillista. Esa incapacidad se expresa en términos de programa. La izquierda está condenada a elegir entre la moderación que la desnaturaliza y la aniquilación por obsoleta. El hiato abierto entre reivindicaciones populistas del tipo “restituir el poder adquisitivo de los trabajadores” y el maximalismo del tipo “la superación del modelo económico, social y cultural del neoliberalismo y la creación de condiciones para acabar con el capitalismo” es no sólo abismal sino ridículo. La única vía para restituir el nivel de vida perdido o que se puede perder en el futuro es solucionar algunas de las contradicciones del neoliberalismo, pues ha sido el modelo neoliberal el que ha creado unas condiciones de vida probablemente insostenibles a corto y largo plazo y cuya pérdida hoy lamentamos.

Así es hoy el paisaje europeo: un mundo en crisis porque las premisas sobre las que se creó -la protección social, el binomio izquierda-derecha, la contribución gradual y progresiva al proyecto común, la unidad europea- están degradados u obsoletos. Y así de amarga es la lección de esta crisis.